

LAS CRISIS DE EUROPA

La crisis de la Europa pobre ha comenzado en Portugal y en Grecia, y se ha planteado en Turquía, que está en estos momentos sin gobierno. Es difícil saber si son las últimas manifestaciones de una etapa o las primeras de otra, porque se están produciendo algunos cambios simultáneos y contradictorios en las tendencias de gobierno. Hay todavía en marcha una etapa política que corresponde a una situación económica anterior: la de una sociedad de abundancia y consumo acelerado. Pero ya está encima una situación contraria: la de escasez y carestía de materias primas, la de la elevación rapidísima de los precios por encima de los salarios.

La política que correspondería a la etapa de facilidad económica es una política de libertad y de exaltación individual; la que corresponde a la segunda es la de gobiernos rígidos y autoritarios. Es algo demasiado patente para que requiera una explicación. La abundancia, el bienestar de la mayoría, el pleno empleo, la fluidez del dinero, producen unas sociedades donde la lucha de clases está atenuada, se hace prácticamente invisible o se manifiesta simplemente por las vías legales electorales, por los Parlamentos, por los órganos de opinión. Las tensiones sociales son mínimas, y los partidos revolucionarios pierden clientela y tienen que moderarse, aparecer como reformistas, aunque quieran huir de la palabra. Más aún, los poderes políticos están fuertemente presionados por los poderes económicos —cuando no son uno mismo, un «establishment» bien tramado— para que concedan el máximo de libertades de costumbres posible, por la circunstancia de que entre abundancia de consumo y exceso de represión hay una contradicción difícil de salvar. En cambio, en las sociedades con crisis económicas importantes se revela inmediatamente la lucha de clases; se produce el paro obrero, la diferencia entre salarios y precios se resuelve en huelgas y motines y se entra en un círculo vicioso: los poderes tienen que ser duros y represivos, cohiben los medios habituales de expresión del descontento —prensa, Parlamento—, con lo cual las manifestaciones de descontento se hacen por otras vías, y ello llama a nuevas represiones; los partidos defensores de las clases damnificadas se radicalizan o segregan grupúsculos activos que desconfían de toda vía legal. (Naturalmente, entre los dos extremos descritos hay situaciones intermedias y relativas.)

No se confunda esta opción de situaciones con una simple división de izquierda y derecha, porque los patrones no coinciden. La opción izquierda-derecha se refiere a unas formas de reparto de la riqueza y de las medidas de libertad posible entre grupos sociales: es una opción de objetivos generales relacionada con otros factores. Ciertos países no gobernados por la izquierda se ven o se han visto sometidos a formas de gobierno particularmente rígidas, como consecuencia de su pobreza natural o artificial (creada por los otros); pongamos como ejemplo clásico a la Unión Soviética desde la guerra civil hasta la muerte de Stalin. Puede citarse a Cuba o a China, empobrecidas por los bloqueos exteriores y por las mutaciones de sus sistemas económicos, al pasar de la satelización imperial al nacionalismo. Portugal o Grecia serían, hasta ahora, los ejemplos de lo contrario, de la rigidez de la derecha ante situaciones de pobreza. Al ser distintos sus objetivos generales, han sido distintos también su eficacia y su resultados, y resultan también distintas sus salidas. Pero no es de esto de lo que se trata aquí, sino de las formas de los gobiernos o de los poderes al enfrentarse con situaciones económicas contrarias.

La política es una maquinaria lenta y torpe. La leyenda de sutileza y astucia de que suele gozar se debe más a los críticos de la política, a los intelectuales que examinan el fenómeno político y escriben sus teorías o sus tesis que a los verdaderos hacedores de política. Pongamos un único ejemplo, porque es suficiente: el de Maquiavelo, que jamás influyó en la política de su tiempo, y cuya vida es tal cúmulo de desgracias que difícilmente puede relacionarse su biografía con su obra. La política es una heredera de la lucha armada, que ha sido la única política real durante milenios, y que aún sigue siendo la base principal de las relaciones exteriores e interiores en los países: una relación de fuerzas. Probablemente es en nuestro tiempo en el que ha comenzado a alcanzar una mayor complejidad, precisamente porque la guerra —la gran guerra, no las guerras locales— se ha considerado como imposible, como no resolutive. Al faltarle esa vía acostumbrada se ha hecho más torpe y más lenta. Los poderes son enormemente conservadores —repetamos: conservadores de izquierda o de derecha—, y carecen de audacia y de imaginación para resolver las situaciones que se les plantean. Siempre van con retraso con respecto a la situación en que se producen.

Tardan mucho en incorporarse a los cambios que se van produciendo en el modo de vida; cuando se incorporan, la situación ha cambiado.

Por eso estamos ahora en una situación mundial confusa. Cuando Europa comienza a gobernarse según los principios de una sociedad de consumo adelantada y una situación internacional claramente pacífica (en cuanto se refiere a las relaciones entre las grandes potencias), se encuentra ya metida en lo que no es más que el principio de una larga crisis. Portugal se hubiese enriquecido y prosperado —dentro de lo posible— con una democracia abierta hace diez, veinte años. El conservadurismo del poder fascista lo ha impedido, y la incorporación a la democracia se hace con un país arruinado por la explotación interior y por la guerra colonial, y en unas circunstancias mundiales especialmente difíciles. El problema que se le plantea al gobierno actual, al poder establecido después del primero de octubre, como continuación de la línea marcada



Mariano Rumor, en el momento de dirigirse al Oultrinal para presentar su dimisión al presidente Leone.



El presidente Costa Gomes lee el discurso de aniversario de la proclamación de la República Portuguesa. La celebración, primera en cuarenta y ocho años, tuvo carácter multitudinario.

el 25 de abril, es el de que tiene que establecer una situación democrática abierta y amplia a partir de una crisis económica profunda: es decir, que siendo un gobierno instaurador o restaurador de libertades, no va a tener más remedio que seguir una línea restrictiva, aun a riesgo de que le llamen totalitario —como ya ha empezado a hacer desde su caída Spínola, como hacen todas las derechas del país—, de lo que sólo se podrá salvar mediante una profunda campaña explicativa, de educación del pueblo y de explicación muy clara de todos sus actos y todas sus razones, como ya lo está haciendo. El hecho de que el domingo pasado fuese declarado día de trabajo nacional es un síntoma de cuál va a ser su tónica general: reclamar el trabajo de todos para una reconstrucción nacional. Con una administración de las libertades Individuales típica de la izquierda en situaciones agudas.

GRECIA y Turquía, cada una por su parte, ofrecen situaciones curiosas. En ninguna de las dos la liberación ha sido absoluta, como en Portugal; gobierno conservador en Grecia, crisis ministerial en Turquía. Ecevit salió enormemente reforzado del tema de Chipre y su popularidad fue enorme. Pero Ecevit representa una izquierda deliberadora que no tiene todavía permiso para gobernar, y que no tiene fuerza para imponerse. Los Estados Unidos se han apresurado a retirar su ayuda a Turquía —aludiendo, como pretexto, a su acción en Chipre—, y la coalición gubernamental se ha resquebrajado: la derecha se separa rápidamente de Ecevit, que no consigue formar nuevo gobierno. Unas elecciones generales le darían un triunfo aplastante, pero quizá no se le permita llegar a ellas.

LAS crisis en la Europa pobre se manifiestan con cambios bruscos y tensiones interiores graves. Las crisis en la Europa rica, en la Europa de los Nueve, son más hábilmente tratadas, pero pueden estallar. Los casos más visibles son los de Italia y Gran Bretaña. Están en este momento en situaciones abiertas: crisis ministerial en Italia, elecciones —este mismo jueves— en Gran Bretaña. Italia no lleva una, sino dos situaciones de retraso, y se le acumulan las otras. Está todavía en manos de una democracia cristiana desgastada y corrompida, que aún ha tratado de restringir las libertades de costumbres —como en el caso del referéndum sobre el divorcio— y que ha convertido el llamado «milagro» de la sociedad de consumo en un inmenso negocio para unos cuantos. Y de un partido socialista, coaligado a la DC, con todas las contradicciones y las contradicciones de la posguerra. La refección de un gobierno parecido al que acaba de caer no resolverá el problema, ni siquiera es fácil que se resuelva con unas elecciones generales, en tanto prevalezca el actual sistema —también de guerra fría— y las actuales alianzas. Italia podría ser el primer país que tu-

viera una gran sacudida en esta nueva etapa. Una sacudida que podría llevarla a la extrema derecha, y posiblemente una respuesta de la izquierda parecida a la de Portugal.

TAMPOCO las elecciones de Gran Bretaña, también sobre un sistema electoral absoluto, van a resolver su grave crisis. Es muy probable que los laboristas obtengan la mayoría necesaria para gobernar solos, si nos fiamos de las últimas estadísticas que se han hecho en la víspera electoral —que no siempre son de fiar—, y en estas circunstancias es más útil al país un gobierno laborista que conservador; pero aun así, Wilson no parece el hombre de las circunstancias. Es probable que en el tiempo venidero los sindicatos consigan presionar más sobre la dirección laborista y consigan una mejor administración de la riqueza y de la pobreza.

LA situación en Francia es, por el momento, la más coherente. Giscard está consiguendo una mayor adaptación a las circunstancias económicas y un mayor respeto a las libertades individuales, dentro de una cierta energía económica; la izquierda, que podría gobernar como sustitución, tiene también unos programas inteligentes. El juego de Giscard en este momento consistiría en separar a los socialistas de los comunistas, como en otros tiempos, y dejarles participar en el gobierno para cubrirse a la izquierda, como desea y como parece ser ahora la voluntad francesa, según las elecciones parciales de hace dos domingos. Si el caso se produjera, el partido comunista se haría más radical, y esta radicalización vendría a coincidir con la cúspide de la crisis. La crisis no ha comenzado todavía realmente en Francia, pero se va a soportar mal. La primera restricción, la de las calefacciones —en París comienzan el 1 de octubre, y la ley las ha retrasado hasta noviembre, y la restricción ha coincidido con una ola de frío—, ha provocado tales movimientos de protesta y de indignación colectiva —bien utilizados por la oposición— que demuestran que el consumidor francés no está preparado para la nueva etapa, que, según todos los pronósticos, no ha hecho más que comenzar.

ES posible pronosticar para los años venideros un tipo de gobierno rígido y restrictivo en los países de Europa, y una serie de movimientos de oposición contra esos gobiernos que será bastante fuerte. También parece que esos gobiernos serán preferentemente de izquierda —por la coincidencia de hechos—, pero podrán dar paso a verdaderas dictaduras fascistas, de burguesía o clase media, si no se apresuran a administrar decentemente la pobreza, la riqueza y las libertades, si no hacen comprender a los pueblos lo último de sus objetivos y las razones de su restricción. ■